

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, o sucesos es pura coincidencia.

Título original: *The Bookseller*

© 2025, Valerie Keogh. Publicado por primera vez por Bantam, un sello de Transworld. Transworld forma parte del grupo de empresas Penguin Random House.

© 2026, de la traducción por Fátima G. Cáneba

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: abril de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-60-1

DL: B 1.895-2026

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Rafael Medel López

Impreso en abril de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Valerie Keogh

El secreto de la librería

Traducción de Fátima G. Cánoba



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

*Para mi primo, Joe Keogh,
con cariño*

Prólogo

Adoraba a mi padre. Era un hombre alto, de espalda ancha, con manos callosas y el rostro bronceado por las jornadas que pasaba al aire libre ejerciendo como peón de la construcción. Cobraba el salario mínimo y, para obtener unos ingresos decentes, tenía que trabajar muchas horas, siete días a la semana. Las pocas veces que estaba en casa, nos miraba a mis dos hermanos mayores y a mí con desprecio, con un afecto distraído. Y nosotros (o yo, al menos) lo admirábamos como si fuera un dios.

En algunas ocasiones, sobre todo en los largos días de verano, casi no lo veíamos. Me imaginaba que venía a vernos mientras dormíamos, que se inclinaba para pasarnos la mano por el pelo, que nos daba un beso en la frente o que, quizá, susurraba que nos quería.

Cuando éramos niños, nunca cuestionamos sus largas horas de trabajo. Si nuestra madre lo hizo, nunca lo supimos. ¿De verdad tenía que trabajar tanto? ¿O es que había escogido estar al aire libre con la hosca y alegre compañía de hombres afines a él en lugar de pasar tiempo con su esposa, orgullosa de su hogar y un poco quisquillosa? Ella era una mujer callada, sumisa y meticulosa que se enorgullecía de tener su casa limpia y unas criaturas pulcras y educadas. No había ni un ápice de firmeza en ella: se tambaleaba ante la más leve brisa, ante el más mínimo indicio de descontento por parte de nuestro padre o ante la más insignificante señal de mala conducta por parte de sus hijos.

No éramos malos niños. Al menos, mis hermanos no lo eran. Mi hermana y mi hermano, que eran mayores que yo y

se llevaban pocos años, eran mejores amigos. Rara vez toleraban que su hermanita, la mocosa, los acompañara, y a menudo se adentraban en alguna aventura, dejándome triste, sola y desesperada por tener compañía. Cuando mi padre estaba en casa, yo buscaba a ese gran hombre, lo idolatraba e incluso suplicaba la más mínima muestra de atención.

Así empezó todo. Mi madre, incapaz de amonestarnos por romper sus normas de buen comportamiento, tomaba nota hasta de las más ligeras infracciones y se las contaba a su marido cuando él tenía tiempo de infligir castigo. A menudo ocurría días después del suceso, cuando ninguno de nosotros podía recordar qué había hecho mal. No importaba. Mi padre usaba sus amplias y gastadas manos contra nosotros. Él acercaba mi cuerpo suave y dócil hacia él y me daba un azote. El dolor era tan intenso como el placer de que me retuviera cerca, de que este hombre similar a un dios me ofreciera su atención plena y exclusiva.

En ocasiones, si mi infracción merecía un castigo más severo, dos o tres golpes en lugar de uno, me los daba y después me secaba las lágrimas. Me sostenía entre sus brazos, me consolaba y me susurraba al oído:

—No seas malcriada, corderito.

Aquellos eran momentos de felicidad para una niña desesperada por recibir atención. Me volví más desobediente y busqué más formas de portarme mal. Rompía cosas deliberadamente, robaba del bolso de mi madre y también en la tienda de la esquina. Causaba problemas en el colegio: empujaba a mis compañeros, me negaba a hacer lo que mandaba la maestra, contestaba. Hacía lo que fuera para irritar a mi madre, merecer un castigo que ejecutaría mi padre y recibir el placer que venía después.

Tenía quince años cuando mi padre nos dejó..., cuando me dejó a mí. No fue algo voluntario, eso sí. El lento declive hacia la vejez y la fragilidad no estaban hechos para él. Mi gran y fuerte padre murió en un estúpido y negligente accidente laboral.

Su muerte me dejó desolada. Fui doblemente abandonada cuando mi madre se retrajo en sí misma. Mis hermanos, que rondaban la veintena, ya se habían ido de casa: Sarah se había casado y vivía en Bath; Doug, en Glasgow. Vinieron a casa durante unos días, para el funeral, y después se marcharon prometiendo regresar. Sin embargo, ellos y yo sabíamos que esas promesas eran pura formalidad más que un deseo de visita.

Echaba mucho de menos a mi padre. La sensación de sus manos en mis mejillas o el puñetazo que me enviaba contra la pared por haber infringido alguna de las reglas cada vez más erráticas de mi madre. Lo extrañaba porque sus castigos siempre..., siempre..., iban precedidos de palabras de consuelo y amor.

Cuando murió, el placer y el dolor ya estaban intrínsecamente conectados en mi cabeza.

Capítulo 1

Helen se revolvió bajo el edredón cuando empezó a soñar. A todo color, con sonido estéreo, como siempre le ocurría. El chasquido del cinturón de cuero antes de que Toby lo tensara entre sus manos, con el rostro serio, con la boca torcida, con los ojos grises y brillantes como un candil. Ella contenía el aliento y esperaba escuchar el sonido del cuero cortando el aire, el silbido que siempre precedía a una punzada de dolor. Se preparaba, pero no hacía ningún intento por esquivarlo. ¿Por qué debería hacerlo?

Dado que ni el sonido ni el dolor aparecían, ella abrió los ojos y miraba al hombre que insistía en que la quería, al que ella también amaba, y veía que algo había cambiado. Él nunca podría haberse dedicado al póquer; cada emoción se reflejaba en su rostro de forma evidente. Y en algún momento de los días o meses anteriores, su amor se había enfriado. Había algo diferente en su mirada. No estaba segura, pero creía que era repulsión.

Recordaba cómo sus dedos habían rodeado el mango del cuchillo. Ella lo tenía en la mano cuando llamó para pedir una ambulancia y seguía allí cuando la policía aporreó la puerta por primera vez. Después, irrumpieron por su puerta principal.

—¡Tire el arma! —gritó alguien, y lo repitió a voces, como si ella estuviera sorda.

Ella la miró, confusa. ¿El arma? Era un cuchillo de cocina. Uno que había comprado el día anterior. Uno que estaba increíblemente afilado, tanto que ya se había cortado el dedo con él. Había sangrado, pero no lo suficiente para cubrir el

cuchillo de sangre, tal como estaba ahora. Goteaba por el filo, su mano estaba manchada, un olor empalagoso llenaba el ambiente y le provocaba náuseas.

–Tire el arma. –Esta vez había varias voces, eran fuertes e insistentes.

Finalmente, hizo lo que le ordenaban y aflojó el agarre; abrió los dedos para permitir que el cuchillo cayera al suelo. La punta del cuchillo estuvo a milímetros de clavarse en su pie desnudo, pero, en vez de eso, se hundió en el suelo de madera.

No recordaba si había gritado o si bajó la mirada hacia el cuerpo frío de Toby, feliz de ver que su expresión había cambiado, que su boca gesticulaba por incredulidad más que por repulsión. Estaba feliz porque ese bastardo no podría pegarla nunca más. La policía se negó a permitirle limpiarse antes de que se la llevaran. Se sentó en la parte trasera de su coche, con las manos tan ensangrentadas que tiñeron la fina tela del vestido color crema que llevaba puesto.

Le hicieron fotos en la comisaría. Incluso le tomaron muestras con un bastoncillo, lo que, en su opinión, era una despilfarro del dinero de los contribuyentes. No negaba que fuera la sangre de Toby. ¿Cómo iba a hacerlo si la habían encontrado con el cuchillo en la mano? El mismo cuchillo que le había clavado en el abdomen con tanta fuerza como le fue posible. ¿Había sido más fácil de lo que creía? No lo sabía. En sus recuerdos de aquel día, había un vacío entre el momento en el que cogió el cuchillo y en el que vio a Toby desplomarse a sus pies con una ridícula expresión de sorpresa en la cara. Ella observó durante largo rato cómo la sangre salía a borbotones de la herida de su abdomen antes siquiera de ser consciente de que estaba relacionada con el cuchillo que tenía en la mano.

Durante los dos años que pasó en prisión, soñaba con aquello casi cada noche. Lo consideraba parte de su condena. Quizá había sido una incrédula por pensar que pararía algún día. El día que le dieron la condicional, aunque solo

fuera libre a medias, pudo empezar a pensar en el futuro. La terapeuta a la que había acudido como parte de su rehabilitación le dijo que los sueños estaban causados por el sentimiento inconsciente de culpa.

–Tienes que aprender a perdonarte –le dijo–. Los pensamientos negativos son perjudiciales para tu bienestar. La terapeuta siempre se expresaba por medio de frases así, como si esperara que alguien la citara. Helen pensaba que mentía, pero las sesiones, aunque no eran obligatorias, eran un entretenimiento agradable frente al aburrimiento agotador de la vida en prisión. En una sesión le ofreció a la terapeuta una versión reducida de su infancia: le habló de sus hermanos, pero no de sus progenitores. De las palabras que aún resonaban en su cabeza. «¡Criatura estúpida! ¡Niña mimada y ruidosa!».

–Mi hermana tenía diez años más que yo. Aún a veces parece que la escucho diciéndome que soy una pesada.

–Son ecos de tu pasado –dijo la terapeuta mientras asentía como si aquello fuera totalmente normal–. Lo que quiero que hagas cuando escuches su voz en tu cabeza es imaginarte escribiendo lo que te diga en un pedazo de papel. Después, lo atas a un globo de helio imaginario y lo sueltas. A medida que se aleja, observa cómo tus pensamientos negativos se van con él.

La siguiente vez que la voz resonó en la cabeza de Helen, hizo todo lo que le había recomendado la terapeuta. Sin embargo, mientras el globo se alejaba llevándose consigo todas esas horribles palabras, su hermana llegó corriendo con un cuchillo en la mano y lo explotó. El estallido resultante hizo llorar a Helen, tragó y se le llenó la boca con la sangre que disparó el bonito globo amarillo.

Era un sueño. Helen se despertó en prisión, en su celda, cubierta por una película de sudor sobre el cuerpo, con el eco de su grito aún presente en el ambiente, con su compañera de celda mirándola fijo y con la certeza de que su terapeuta no tenía ni idea de lo que decía.

Por supuesto, Helen no había sido capaz de contárselo todo. Si hubiera podido, si la terapeuta hubiera sabido la verdad, las sesiones habrían dejado de ser opcionales: habrían pasado a ser obligatorias. Y la pobre y equivocada terapeuta podría incluso haber sugerido que Helen necesitaba ayuda psiquiátrica.

Si hubieran sabido la verdad... la habrían sentenciado a más de cuatro años.

Por eso, Helen guardó su secreto. Si el precio a pagar por ello era recordar constantemente lo que había hecho, pues aquella sería su penitencia.

Capítulo 2

Tras dos años en prisión, Helen fue puesta en libertad condicional para que cumpliera el resto de su condena. Era libre, pero estaba obligada a vivir bajo ciertas condiciones y habría una jueza de vigilancia penitenciaria encargada de supervisar que las cumplía. Sin embargo, eso significaba que tenía derecho a retomar lo que había quedado a medias. El servicio de empleo público en el que había trabajado durante diez años la estaba esperando. Habría regresado, habría tenido que hacerlo de no ser por la triste y fortuita muerte de su madre el año anterior.

El testamento de su madre había sido meticuloso y organizado, sin florituras, al igual que su casa. Todo tenía que dividirse a partes iguales entre sus tres hijos. Aquello no hacía rica a Helen, pero de repente posibilitó un sueño que había tenido desde siempre: regentar una librería de segunda mano. Los últimos años, los dos que pasó en prisión y el anterior, habían sido muy complicados. Los libros, su vía de escape cuando era niña, demostraron ser igual de efectivos cuando se encontró atrapada entre los muros de prisión. De forma extraña, se había beneficiado de la limitada oferta disponible: leyó todo a lo que pudo echarle mano, incluso géneros que creyó que nunca le llamarían la atención, *steampunk*, ciencia ficción, biografías, memorias. Había ampliado sus gustos, una forma de convertir una época compleja en un beneficio.

Durante el segundo año de su estancia en prisión, fue una de las actividades que la mantuvo cuerda. La otra, tras el fallecimiento de su madre, fue pasar el poco tiempo que le

permitían explorando inmobiliarias por internet para dar con una propiedad en Bath en la que instalaría su librería. Quería ser sensata y liquidar primero la hipoteca de su casa, pero aun así le sobraban unas cuatrocientas mil libras que podía utilizar.

Su hermana Sarah, quien la había visitado regularmente desde que entró en la cárcel, fue la primera a la que le contó sus planes.

–Voy a abrir una librería de segunda mano. –Helen observó el rostro de su hermana mientras asimilaba la noticia. Si Sarah creía que era una locura, no iba a hacerla cambiar de opinión, pero las dos hermanas habían estrechado lazos en el último año y quería que estuviera de su parte.

Durante muchos años, Helen guardó rencor por la forma en la que sus hermanos mayores la habían excluido cuando eran niños. El hecho de que las hermanas se llevaran diez años, que parecía una diferencia insalvable cuando una tenía cinco y la otra quince, no parecía menor cuando una estaba en sus treinta y la otra en sus cuarenta. Sin embargo, cuando el mundo de Helen se vino abajo, Sarah estuvo ahí y su apoyo incondicional durante el juicio y desde entonces las había acercado mucho.

–¡Una librería! Te sentirás como pez en el agua –dijo Sarah–. Creo que es una idea increíble.

–Será como vivir entre las tapas de un libro. –Así era como Helen lo veía. Era la forma en la que quería verlo.

Cuando la soltaron, ya les había echado un ojo a cientos de propiedades, pero o estaban mal ubicadas o el precio estaba por encima de sus posibilidades. O, sencillamente, no era el establecimiento de sus sueños.

–Ya encontrarás algo –dijo Sarah–. Solo es cuestión de tiempo.

Helen no quería esperar. Su futuro estaba ahí, fuera de su alcance. Quería atraparlo, aferrarse a él con fuerza y volar junto a él.

Se quedó mirando fijamente la carretera que estaba frente

a ella mientras Sarah la llevaba a casa en su primer día de libertad.

–Estoy muy tentada de marcarme un Mel Gibson.

Sarah la miró.

–¿Qué?

–Ya sabes, como en la película de *Braveheart*, cuando grita: «¡Libertad!».

–Si no recuerdo mal, se murió justo después.

Helen se encogió de hombros y volvió a mirar la carretera que tenía delante.

–Será mejor no tentar al destino, entonces.

Estaban en el desvío que llevaba al lugar en el que vivía, esperando a poder abrirse paso entre el tráfico, cuando vio algo frente a ella.

–Mira –dijo–. Hay una señal de «Se vende».

Sarah no necesitó que se lo dijera dos veces y puso el intermitente para incorporarse a la circulación, después indicó que se apartaría a un lado de la carretera y aparcó. El cartel de «SE VENDE» estaba pegado en el escaparate de un edificio bastante destartado y en mal estado.

–Era una antigua tienda de reparaciones eléctricas –dijo Helen, mirando por la ventanilla del coche–. Aunque nunca he entrado. –Señaló al edificio de al lado–. Esa pizzería lleva ahí toda la vida. Solía pedir para llevar.

–¿Qué quieres hacer?

–Salir e inspeccionarlo más de cerca. Espera, no tardo ni medio segundo.

Empujó la puerta y salió sin apartar la mirada del edificio. No había mucho que ver. Era evidente que llevaba mucho tiempo en el mercado. Algunos hierbajos se habían incrustado en las grietas que había entre el edificio y la acera. La ventana en mirador y los cristales de la puerta principal estaban sellados con paneles, lo que impedía cualquier opción de ver el interior. Dio un paso atrás para examinar lo que pudo. Necesitaba una gran reforma. Parecía que había que sustituir los marcos de las ventanas. Había un canalón inclinado

en un ángulo preocupante. Apostaba lo que fuera a que el techo también necesitaba un arreglo.

Cuando regresó al coche, la evaluación de Sarah era evidente.

–Parece un auténtico basurero.

–Puede.

Sin embargo, la mente de Helen iba a mil por hora. Tontamente, no había tenido en cuenta esa zona, pero ¿acaso no era el sitio perfecto para una librería? Aunque la carretera estaba concurrida, había mucho aparcamiento. Los alrededores eran una mezcla de áreas residenciales y negocios, así que habría mucho tránsito frente a la tienda.

–No pasa nada si le echo otro vistazo por internet cuando lleguemos a casa, a ver cuánto piden por él.

Sarah estaba ocupada intentando dar media vuelta, así que pasaron unos minutos hasta que pudo responder.

–No te lo estarás pensando en serio, ¿verdad? Siendo sincera, parece un pozo sin fondo.

Un rato después, estaban aparcadas a la puerta de la casa de Helen, al final de la calle. Sintió que se le llenaron los ojos de lágrimas cuando la miró. Hogar. ¿Había una palabra más bonita que esa? Sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió los ojos antes de volverse hacia Sarah.

–Gracias de nuevo por haber cuidado de ella estos últimos años. Y por hacer que el coche siga funcionando.

–No es nada. Ayer me pasé por aquí y te dejé la nevera llena para que no tengas que salir volando a comprar algo.

–Qué agradable es estar en casa.

Lo era, pero también era la primera vez que Helen estaba allí desde la muerte de Toby. Los especialistas habían limpiado el lugar. Sarah había sido clara al respecto. Aun así, Helen tuvo que enfrentarse al sitio donde había ocurrido. En el que su vida había cambiado. Sarah debió de entenderlo porque su hermana, que normalmente era muy habladora, se quedó en silencio cuando Helen abrió la puerta principal y entró. Dejó su bolsa de viaje en el primer peldaño de la

escalera y, sin mediar palabra, dio un par de pasos hacia la cocina y abrió la puerta.

No se movió, ni siquiera cuando Sarah le puso la mano en el hombro y le preguntó:

–¿Estás bien?

Si hubieran puesto cinta adhesiva blanca en el suelo para marcar el lugar que había ocupado el cuerpo de Toby, a Helen no le habría resultado más evidente. Casi podía sentir el frío mango del cuchillo en la mano, casi podía apreciar un olor metálico en el aire. Y lo que era peor: casi podía oír la voz de Toby.

–Sabes que quieres. Te encanta, ¿no es así?

El chasquido del cinturón a medida que él lo hacía estallar, el silbido del cuero al cortar el aire, el dolor.

–¿Helen? –dijo Sarah con más premura esta vez.

–Estoy bien. Es solo que...

Helen alcanzó la mano de su hermana y la apretó.

–No tienes que dar explicaciones. Cuando pienso en lo que te hizo ese bastardo, ¡desearía que estuviera vivo para poder matarlo yo, en serio!

Aquello hizo reír a Helen y alivió la tensión que se había acumulado desde el instante en el que abrió la puerta principal.

–Matar a alguien no es tan fácil, eh. Se necesita una mentalidad muy concreta. –Una que fuera deformada en su infancia y que se retorciera de forma irremediable en los años transcurridos desde entonces. Captó la mirada preocupada de su hermana y sonrió—. ¿Quizá sea muy pronto para hacer bromas al respecto? Tomemos un té para celebrar mi puesta en libertad.

–He comprado galletas.

–Té y galletas. La celebración perfecta.

Cuando estaban sentadas en la pequeña mesa de la cocina, Helen mojó una galleta en su taza de té y se la metió entera en la boca. Después señaló el móvil que Sarah había dejado sobre la mesa.

–Mira a ver cuánto piden por ese local.

–No te lo estarás pensando en serio, ¿no?

Helen se quedó mirando su té fijamente.

–Llevo casi un año buscando. No he encontrado nada adecuado que entre en mi presupuesto.

Sarah buscó en su bolso.

–Aquí tienes –dijo mientras sacaba un teléfono móvil–. Pensé que necesitarías uno cuando salieras. Las cosas han cambiado mucho en dos años. Ahora ya puedes echarle un ojo tú misma.

A Helen se le volvieron a inundar los ojos de lágrimas.

–Parece que hoy no voy a dejar de llorar –dijo mientras lo cogía–. Es muy amable por tu parte, gracias.

–Puedes permitirte estar sensible. Es un nuevo comienzo para ti. –Sarah asintió mirando el teléfono y sonrió–. Iba a ponerte la fecha de hoy como contraseña, pero pensé que el año de tu nacimiento sería más sencillo.

A Helen siempre se le había dado bien la tecnología, así que no tardó mucho en averiguar cómo funcionaba. Pocos minutos después, se recostó y suspiró.

–Es muy ingenioso, muy inteligente. Bueno, averigüemos más sobre esa tienda.

Había anotado el nombre de la inmobiliaria y no tardó en ojear su página web.

–Aquí está –dijo, incapaz de que la emoción se mezclara con sus palabras–. Dos habitaciones y una cocina en la planta baja. Tres habitaciones y un baño en la de arriba.

–¿Hay fotos?

–Solo del exterior, ninguna de dentro.

–¡Ajá!

Helen levantó la vista del teléfono.

–¿Qué?

–No hay fotos del interior porque es un basurero, tal como predije. No quieren desanimar a la gente enseñándoles lo mal que está. Quieren que vayas y confían en poder convencerte.

Helen deslizó la pantalla hasta llegar a los detalles.

–Está en la ubicación ideal. Tiene justo el tamaño que quería. Sin embargo, necesita una remodelación completa.

–Dejó el teléfono–. Lleva dos años vacío, pero tiene un precio muy superior a lo que podría permitirme si tenemos en cuenta que necesita una reforma.

–Sí, si necesita una remodelación completa, hablamos de mucha pasta. Lo que yo decía: un pozo sin fondo.

–Sí –dijo Helen alargando la palabra.

–¿Qué se te está pasando por la cabeza? Casi veo lo que estás maquinando.

–Solo pensaba en la coincidencia. Lleva dos años vacío. Igual que mi vida. Quizá sea una señal.

Prácticamente esperaba que la reacción fuera una risa o algún comentario mordaz. En vez de eso, Sarah le dio un último sorbo al té y se reclinó en el asiento.

–¿Por qué no vas y le echas una ojeada? Cuando veas el interior, te darás cuenta de que es completamente inviable y podrás sacártelo de la cabeza.

–Es solo que... –Helen se encogió de hombros–. Quiero seguir adelante con ello, ¿sabes? Tomar las riendas de mi futuro. Abrir la tienda. Llenarla de libros, empezar este nuevo capítulo de mi vida. –Bajó los hombros–. Es un cliché, pero ¿acaso no tiene sentido?

Sarah alcanzó la mano de Helen y la apretó.

–Lo tiene. Y al final saldrá bien. No creo que ese lugar sea el adecuado para ti, pero ¿por qué no vamos y le echamos un vistazo? Descártalo, olvídate de él y después te ayudaré a buscar otro.

No parecía tener ningún sentido recordarle a Sarah que Helen había estado buscando durante un año y que sabía lo que quería. Cuando cerró los ojos, lo vio tan claro como su reflejo en un espejo. Habría techos altos, estanterías de madera en cada pared que acabarían llenas de libros apretados. Una escalera hacia un piso superior (preferiblemente, una en espiral, hecha de hierro forjado, pero se conformaba con

una básica). Tendría sillas de cuero desgastado para que los clientes se sentaran, mesas de madera y lámparas antiguas. Un escritorio de roble, marcado por la vida y por el tiempo, tras el que ella se sentaría. Cada detalle estaba dibujado con precisión en su mente. Y durante aquellos días que había pasado encerrada, incluso había diseñado un logo a juego. Como su apellido era Appleby, no le resultó difícil. Una manzana con una abeja sentada sobre la fruta leyendo un libro. Quizá fuera cursi, pero le sacaría una sonrisa a la gente. Encargaría un sello y cada libro de su tienda tendría el logo de Appleby.

Su pasado (todo él) no sería más que eso, ¿verdad? Su consejera penitenciaria le había recomendado que se olvidara del pasado y que pensara en el futuro. ¿Qué sabía ella? Helen había cruzado una línea al matar a Toby. En ese aspecto, ya no estaba segura de quién era. ¿Una víctima? ¿Una asesina? ¿Una exconvicta? ¿Una idiota ridícula?

—¿Qué opinas?

Helen miró a su hermana, confusa.

—¿Sobre qué? —Después, negó con la cabeza—. Lo siento, sobre la tienda, sí, ¿por qué no? No nos hará ningún mal ir a verla. Es como cuando ves un vestido en un escaparate. Te apetece comprarlo, pero no tienes tiempo de entrar y probártelo. Se te mete en la cabeza y se convierte en el vestido más perfecto de todos los tiempos hasta que te rindes y vuelves para ver cómo te queda. Y lo odias. Pero así te olvidas. Así será.

—Eso es —dijo Sarah, dándole un suave codazo en el brazo. Pero no fue así.

Capítulo 3

Sarah insistió en quedarse a dormir la primera noche que Helen pasaba fuera de prisión.

—Solo es por hacerte compañía.

Helen no lo consideraba necesario. No era una cría. Sin embargo, cuando ambas se fueron a dormir, cuando el silencio reinó en la casa y todo lo que podía oír era su respiración, agradeció que hubiera alguien al otro lado de la pared. No es que fuera a llamarla o, Dios no lo quisiera, a entrar en la habitación de su hermana para preguntarle si podía dormir con ella. Después de todo, lo había hecho de pequeña y no le había servido de nada.

No echaba de menos el runrún al que se había acostumbrado durante los últimos dos años: era sencillamente que, en aquel ruido constante, los sonidos de su vida anterior se ocultaban mejor. Y ahora, en el silencio del hogar que había compartido con Toby, estaban de vuelta... la voz de él, la de ella. Alta y estridente, dura y enfadada. Empezaban en bajo y el volumen iba *in crescendo* hasta desaparecer y dar paso a un susurro sibilante.

Muchos meses antes, Sarah había preguntado si Helen se había planteado venderlo todo y mudarse a otro lugar para empezar de cero. Como si le resultara incómodo volver a una casa en la que alguien había muerto. «En la que alguien había sido asesinado», le corrigió la vocecilla de su cabeza. Donde ella había asesinado a su pareja.

Antes, en la cocina, pasó sobre el espacio en el que él había yacido y elevó los pies lo suficiente como para evitar su cuerpo. Si Sarah se dio cuenta, no dijo nada.

Quizá hubiera sido más sensato venderla y mudarse a cualquier otro lado, pero Helen se había enamorado de la casa de finales de la época victoriana la primera vez que la vio. Se apretó el cinturón para comprarla y fue haciendo reformas a medida que pasaron los años, cuando el dinero se lo permitió. Aunque era perfecta para uno, demostró ser ligeramente pequeña para dos. ¿Eso había sido parte del problema? ¿Acaso el metro ochenta de Toby había ocupado demasiado espacio?

Él seguía allí, molestando. ¿Encantar la casa que ella amaba era su venganza por lo que le había hecho?

Helen entrelazó las manos tras la nuca y se quedó mirando fijamente el techo. Había dejado las cortinas abiertas, pero la farola más cercana estaba bastante lejos, en la carretera. Casi no causaba ningún efecto en la oscuridad de la habitación y no disipaba las sombras. Podía venderlo todo y mudarse a cualquier otro lugar, pero ¿qué sentido tendría? Las sombras siempre la acompañarían.

Su consejera penitenciaria le había recomendado que no se mortificara por el pasado e intentó no hacerlo, pero aquel bastardo seguía insistiendo en acompañarla durante el viaje. Intentó concentrarse en el futuro. Tan pronto como Sarah y ella decidieron visitar la casa en ruinas, Helen llamó a la inmobiliaria y concertó una cita para la mañana siguiente. Esa mañana miró el reloj de la mesilla: las 12:02. Se estaba burlando de ella.

Pensó en bajar las escaleras para tomar una taza de té, pero sola, en la oscuridad, no podía enfrentarse a abrir la puerta de la cocina. Era una tontería. Toby no estaba allí. No podía volver a hacerle daño.

Pero formaba parte del proceso, ¿no? Al haber regresado, al estar en la cama que habían compartido, por fin pudo admitir que no lo echaba de menos a él: echaba de menos el dolor.

Capítulo 4

A la mañana siguiente, después de desayunar, Helen y Sarah decidieron caminar diez minutos hasta la propiedad en lugar de conducir. Estaban frente a la fachada cuando un coche se detuvo y un hombre con aspecto preocupado se bajó de él. Las vio, esbozó una sonrisa y extendió la mano al acercarse.

—¿La señorita Appleby?

—Sí. —Le estrechó la mano y señaló a su hermana con un movimiento brusco de cabeza—. Y esta es mi hermana, Sarah Drew.

—Encantado de conoceros —dijo, dándole a Sarah un rápido apretón de manos—. Me llamo Giles Lambert. Soy el agente inmobiliario de esta fascinante propiedad.

—¡Fascinante propiedad! —susurró Sarah al oído de Helen mientras el agente inmobiliario sacaba un enorme manojó de llaves y buscaba la adecuada.

Cuando la introdujo en la cerradura, la movió durante una eternidad hasta que finalmente giró y empujó la puerta para abrirla.

—Lleva poco más de dos años vacía —dijo haciéndose a un lado para que Sarah y Helen pasaran—. Era una pequeña tienda de reparaciones eléctricas. El dueño la regentó durante casi dos décadas. —Olisqueó y miró a su alrededor negando con la cabeza—. No creo que se gastara mucho en reformas cuando estuvo aquí y, como podéis ver, no se ha hecho nada desde entonces.

No se estaba esforzando mucho por vender el local, pero no necesitaba hacerlo. Incluso con la poca iluminación que entraba por las esquinas de las ventanas tapiadas, había algo

en aquella estancia espaciosa, con sus techos altos, que llamó la atención de Helen.

Cuando el agente inmobiliario accionó el interruptor, la amplitud de la habitación se vio ligeramente empañada por el marco de la ventana podrido, la mancha de humedad en una pared y el hedor subyacente de la descomposición. Ignorando todos los puntos negativos, Helen se centró en los techos altos y en el espacio. Su imaginación ya había empezado a trabajar en transformarlos en la idea que tenía en la cabeza desde hacía mucho tiempo, en los detalles grabados durante noches de insomnio y días largos y monótonos. Siguió un atisbo de luz que la condujo a una habitación aún mayor que estaba en la parte trasera de la tienda. Las ventanas daban a una maraña de vegetación que, probablemente, en algún momento fue un bonito jardín.

Helen miró a través del sucio cristal, intentando adivinar hasta dónde llegaba sin tener que aventurarse a salir y ser atacada por las zarzas. Pensó que era lo suficientemente grande. Cuando se inclinó hacia adelante, sus dedos se hundieron en la madera podrida del alféizar. Le echó un ojo al marco. Estaba en un estado deplorable.

—También hay una despensa —dijo el agente inmobiliario desde detrás, señalando hacia una puerta con el pulgar—. Necesita una reparación.

—Me sorprende que este lugar no se haya venido abajo. —Sarah abrió la puerta de la cocina y arrugó la nariz—. ¿Una reparación? Hay que reventarlo todo. Apesta a excrementos de ratón.

Helen se sacudió la madera desmenuzada de las manos y cruzó para mirar por encima del hombro de su hermana. La única ventana de la pequeña habitación estaba sellada y la poca luz que había era la que se colaba por la puerta en la que estaban. Aunque Helen estaba buscando algo positivo que decir, no había ningún argumento a favor de los armarios desaparecidos sin puertas o con ellas torcidas. Tampoco se le ocurrió nada bueno que comentar sobre la cocina antigua que estaba al

final de aquel estrecho espacio y que casi bloqueaba la puerta trasera. La suciedad y la grasa acumuladas habían cambiado su color original a un beis pálido. Una fila de diales cerca de la parte superior reflejaba la poca luz que había. Hacían que la cocina pareciera demoníaca.

—¿Estás bien? —preguntó Sarah cuando Helen tiritó.

Sacudió la cabeza para disipar de su mente la macabra imagen de asquerosa cocina antigua que la miraba fijamente como dándole la bienvenida a su espacio.

—Es que me he imaginado los ratones —dijo dándole un codazo a su hermana en el brazo—. Cierra la puerta antes de que vengan a inspeccionar a los intrusos.

Apresuradamente, Sarah la cerró de un golpe y dio un paso atrás.

—Deberían declarar este lugar en ruinas. —Le lanzó una mirada fugaz e incrédula al agente inmobiliario—. ¿De verdad pedís cuatrocientas mil por esto?

Él se encogió de hombros.

—Estructuralmente está bien. Está en buena zona y, con mucha imaginación, podría convertirse en una bonita casa familiar.

Sarah levantó una ceja.

—¿Una casa familiar? ¿Has visto la cantidad de tráfico que hay en esa carretera de ahí? Estamos en Upper Bristol Road. Siempre hay jaleo. No podrías ni abrir la puerta sin respirar los gases de escape de los coches.

Ignorándolos, Helen volvió a la habitación principal, desde donde partía la escalera que llevaba al piso de arriba. La ventana del rellano, cubierta por años de suciedad, dejaba pasar una luz difusa que ocultaba más de lo que mostraba. Pisó con cuidado el primer escalón. Crujió estrepitosamente, pero parecía seguro. Aunque estaba roñosa, la ventana del rellano no había seguido el mismo camino que sus homólogas de la planta baja y parecía estar en buen estado. De hecho, tras indagar un poco, descubrió que todas las ventanas del piso superior estaban en buenas condiciones.

Dos de las tres habitaciones, cuyos techos eran de la misma altura que los que había visto abajo, tenían buen tamaño. La tercera era mucho más pequeña. El baño también era una estancia decente.

–Joder, aquí huele que apesta. –Sarah se quedó de pie en la puerta abierta. Tenía la cara torcida por el asco. Se tapó la nariz con el índice y el pulgar y habló con el consiguiente gangueo–: ¿Podemos irnos ya?

–Un minuto. –Helen cerró la puerta y regresó a la habitación principal. Le dio unos golpecitos a la pared divisoria–. No será muy difícil echarla abajo y convertir esta estancia y la trasera en un espacio amplio. Dejaré la más pequeña como oficina o trastero.

Como nadie hizo ningún comentario, se giró y vio la cara de espanto de su hermana, que entrecerraba la boca como si simplemente no encontrara las palabras.

–Mira más allá de todo este desastre –dijo Helen–. Las habitaciones son grandes y los techos, altos. Tiene muchísima luz. –Volvió a golpear la pared y le brillaron los ojos–. Cuando la quitemos, será increíble. Imagínate todas las paredes repletas de estanterías. –Hizo otro movimiento con la mano, pero esta vez más bajo–. Quizá haya algunas estanterías independientes a media altura en el centro. –Frunció el ceño cuando pensó en la logística–. Quizá con ruedas para que podamos moverlas y apartarlas cuando haya coloquios, clubes de lectura y eso.

–¿Lo estás diciendo en serio?

Así era. Dejando a un lado la cocina espeluznante, aquello era exactamente lo que había estado buscando.

–Es perfecto. Hay aparcamiento gratuito fuera, así que la gente puede dejar el coche y venir. La residencia de la Universidad de Bath Spa no está lejos. Podría repartir panfletos, anunciarme en las revistas de la universidad. Además, habría clientela de paso formada por la gente que vive en los alrededores.

Pasando junto a su hermana, que permanecía en silencio,

regresó a la planta baja, donde estaba el agente inmobiliario con las manos en los bolsillos del pantalón. Se le dibujaba el aburrimiento en el gesto de la boca.

Cuando Helen se le acercó, parecía estar más resignado que esperanzado.

–¿Ya has visto suficiente?

–Lleva dos años en el mercado, ¿no?

Él se encogió de hombros.

–Veinticinco meses.

–¿Y no habéis recibido ninguna oferta?

De repente se estiró como si intuyera potencial en su interés.

–No, recibimos una, pero quedó en nada. –Hizo un gesto con la mano–. Esto podría ser una auténtica mina de oro si las cosas se hicieran bien.

–Y, entonces, ¿por qué no se cerró la venta?

Pudo ver cómo funcionaban los engranajes de su mente mientras él trataba de discernir qué sería más beneficioso, si decir la verdad o una mentira.

–Diría que hubo un problema con el permiso de obra –dijo ella dando palos de ciego. Sin embargo, daba por hecho que solo un inversor estaría interesado en comprar una propiedad tan deteriorada.

El agente inmobiliario volvió a encogerse de hombros.

–Eso es. Quiso convertirlo en tres apartamentos, pero solo consiguió el permiso de obra para hacer dos. Dijo que era inviable económicamente, así que se echó atrás.

–Y no ha habido más ofertas desde entonces. –Sonrió–. Por lo que el propietario estará dispuesto a bajar el precio si cerramos una venta rápida.

A Sarah se le desencajó la mandíbula.

–¿Estás loca?

–Según las encuestas, sí. –Helen podía estar un poco loca, pero no era estúpida. Sus ahorros eran limitados. A nivel estético, ese lugar era un vertedero, pero eso tenía arreglo. Si tenía una estructura endeble, sería un pozo de dinero del que su hermana ya la avisó.

–Estoy seguro de que podrá considerar cualquier oferta razonable –dijo el agente, y su conducta cambió por completo ante el pensamiento de cerrar una venta. Incluyó la cabeza a modo de pregunta y esperó.

–Necesita ventanas nuevas. Hay humedades. Hay que remodelar la cocina y el baño. Llevará tiempo dejarlo decente, así que creo que trescientas mil es mucho más que un precio razonable.

Helen miró su cara con cautela, aliviada al descubrir que no negaba con la cabeza de inmediato. Era una oferta baja. Tenía suerte si la aceptaban.

–Déjame ver si puedo localizar al dueño por teléfono –dijo el agente mientras alcanzaba su móvil e iba fuera, cerrando la puerta tras de sí.

Inmediatamente, Sarah se giró hacia ella:

–¿Acaso te has vuelto completamente loca?

–Si puedo conseguirla a buen precio...

–Sería cara hasta si te la dieran gratis.

–Ventanas nuevas, un baño y una pequeña cocina.

–Y las humedades.

Sarah señaló la siniestra mancha oscura que había en una pared.

–Quizá sea una tubería que gotea.

Lo dijo como si supiera de lo que estaba hablando, no como alguien desesperado. Pero estaba completamente desesperada. Ese lugar estaba muy bien ubicado, tenía el tamaño ideal. Podría sacarlo adelante. Podría dejar su pasado atrás y ser feliz.

Quería ser feliz. Llevaba muchísimo tiempo buscando serlo. Había transformado su dolor para lograrlo. Había hecho muchas concesiones... Pero ¿acaso no funcionaba siempre así?

La felicidad tenía un precio. En definitiva, todo se reducía a cuánto estaba dispuesta a pagar para conseguirla. Su antigua versión, durante mucho tiempo, había pagado con una parte de sí misma.

Sin embargo, la mujer de ahora, la que había cruzado la línea de matar a Toby, ya no estaba dispuesta a pagar de la misma manera.

Una casa destartalada, una vida hecha trizas: ella estaba dispuesta a arreglarlas a ambas.